

Escribió aquí...

Gonzalo Escudero

Para la revista *Anales* de la Universidad Central del Ecuador es motivo de enorme orgullo el presentar al gran poeta ecuatoriano Gonzalo Escudero. Orgullo que se acrecienta al conocer que el poeta no solamente estudió derecho en la Facultad de Jurisprudencia de nuestra alma mater, sino que también en sus aulas ejerció la cátedra. Fue profesor en la carrera de Derecho Internacional.

Nacido en la ciudad de Quito, el 28 de septiembre de 1903, murió en Bélgica, mientras cumplía funciones diplomáticas, el 10 de diciembre de 1971.

Su temprana inquietud literaria, la compartió con escritores como Jorge Carrera Andrade, Augusto Arias, Luis Aníbal Sánchez, con quienes publicó, durante sus años de estudiantes, las revistas *Crepúsculo* y *La Idea*.

Como estudiante de derecho en la Universidad Central, ganó los Juegos Florales Universitarios de 1922, con la obra *Las parábolas olímpicas*.

En la década del treinta, formó parte de la revista vanguardista *Hélice*, que fundó el pintor Camilo Egas, y en la que el ensayista Raúl Andrade fue el secretario de redacción. Se editaron cinco números que circularon entre abril y septiembre de 1926 (año de fundación del Partido Socialista, al que adscribieron escritores como Jorge Carrera Andrade, Pablo Palacio, el mismo Gonzalo Escudero, entre otros). En *Hélice* tuvieron acogida todas las tendencias artísticas de la vanguardia latinoamericana y europea como el ultraísmo, el creacio-



nismo, el surrealismo, el futurismo y el indigenismo, además de plantear el arte por el arte como otra de sus señas particulares.

En el primer número de la revista, el poeta Gonzalo Escudero firmó el editorial en el que ponía en evidencia el carácter, la propuesta estética y ética de *Hélice*:

Estética de movilidad, expansión, de dinamía. Nunca la naturaleza en nosotros, sino nosotros en la naturaleza [...] Comprendemos que el Arte es la alquimia de la inverosimilitud, porque si el Arte fuera la verdad, la expresión artística no existiría [...] Sólo el artista crea, multiplica, destruye [...] Cosmopolitismo, audacia, autenticidad [...] universalizar el arte de la tierra autóctona, porque la creación criolla no exhuma las creaciones extrañas, antes bien, las asimila, las agrega, las identifica bajo el cielo solariego [...] Nihilistas, sin maestros, ni semidioses, proclamamos la destrucción de la naturaleza para crearla de nuevo.

Dentro del espíritu de la vanguardia, Escudero publica dos títulos claves: *Hélices de huracán y sol* (1933) en la que da un giro radical respecto a su escritura y *Paralelogramo* (1935) una obra de teatro en la que conjuga el surrealismo con el cubismo. Sin duda que se trata de una de las obras renovadoras de la dramaturgia ecuatoriana y latinoamericana del siglo xx. Vale anotar que esta pieza fue puesta en escena en Quito el año 2008, por la escritora y dramaturga Gabriela Ponce. Montaje que perseguía recuperar la fuerza política de la vanguardia ecuatoriana.

En la década del cuarenta, Escudero da a conocer *Altanoche* (1947), que abarca casi toda su producción poética comprendida en un período de diez años, entre 1933 y 1943. Más tarde, publicó *Estatuas de aire* (1951), *Materia de ángel* (1953), *Autorretrato* (1957) e *Introducción a la muerte* (1960).

Posterior a su fallecimiento, se publicaron, en 1983, dos obras en las que estaba trabajando: *Réquiem por la luz* y *Nocturno de septiembre*.

Angustia cósmica

Mi tótem es una mujer desnuda.

Mi nombre es un pelícano de oro sobre un seísmo.

La garra sobre la luz.

Pico de flecha impar.

Mástil del trueno.

Estallido negro en el océano del aire.

Suya la elipse innumerable.

Suyo el espacio cóncavo.

Suyo el diluvio.

Pero en un capricornio lívido,

caerá desde la cúpula de la tormenta,

como un cuarzo del cielo.

Entonces se encabritará el universo,

y de una coz eléctrica
hará saltar en el zodíaco
nuevas estrellas...
Huracán de la tierra parda.
Yo quería tu sed.
Yo te amaba.
Igual que a mí mismo.
Trémula torre de humo.
Arquitectura de espanto.
Yo te amaba.
Nadie más que Tú.
Y nadie más que Yo.
Así.
Huracán, huracán, huracán.
Iremos al mar para beberlo a sorbos,
como grandes niños atónitos.
Iremos a los vórtices un día
como la piedra lisa
para buscar diamantes.
Descuajaremos su vientre oscuro.
Para morder la carne líquida.
No podremos llorar con nuestras órbitas sin ojos.
Huracán, huracán, huracán.
Lloraremos con nuestras catedrales flotantes.
Crucificaremos cóndores.
Clavaremos nuestras picas en el sol.
Y crecerán lianas de acero
en las cicatrices de la luz.
¡Montaña!
Apenas eres mi sombra.
Apenas mi alarido.
Este grito patético de cien siglos pretéritos
que es una mordedura en el pecho.
Espiral de rugido eterno.
Garganta estrangulada por mis puños.
Madre del ventisquero.
Tú eras la misma
de las tablas mosaicas y del becerro de oro.
¡Montaña!
Un día tendrás alas.
Las que yo te daré para volverte

un pájaro de piedra.
Yo iré hacia Ti con mis pies alígeros.
y Tú vendrás a mí como un campanario de viento.
Y haremos la tempestad.
Tus llamas y mis palabras.
¡Montaña!
Tú alzarás en mi muerte la necrópolis mía
y estarás muerta en mí.

La locura

De toda Primavera es la florida hermana,
que viene con el ritmo de las muy buenas cosas
a tocar nuestra puerta con sencillez aldeana
y a decirnos el Salmo de las últimas rosas;

o a contarnos consejas que en alguna
lejana tierra se sucedieron, felices y suntuosas,
y a reír con la risa y a evocar con la sana
mueca y sentir el éxtasis de manos temblorosas.

Locura y Primavera: almas buenas y locas;
el oro de los rizos y el rubí de las bocas:
la una siembra los granos, la otra cosecha mieses.

Optimismo potente, waltwhitmanesco y fuerte,
en la flor de la Vida se ríe de la Muerte,
dejando entre paréntesis las yertas languideces.